

Extinguir el desseo

Fill, el foc és sempre a dins: com si tingués napalm al cor.

POL GUASCH,
Napalm al cor

Estábamos sentados a una mesa, en una terraza. En un bar regentado por asiáticos que se quedaron un bar con nombre valenciano que apelaba a lo casero (La Cuina). Estábamos metidos en una conversación sobre clases sociales —¿son los zapatos Camper de izquierdas o de derechas?—. Estábamos en una declaración sobre querer opositar, porque la empresa privada, con sus puestos fáciles, rápidos y mal pagados, nos había traicionado. La misma historia que con el boom del ladrillo, con todos esos chavales que no acabaron la ESO, y se metieron a juntar azulejos. La misma mierda nos había pasado a nosotras, solo que habíamos estudiado Bellas Artes, Diseño, Publicidad e Historia del Arte. Todo liberal, todo precarizado, pero licenciado.

Estábamos entre cervezas, y una señora de unos ochenta años, con el pelo blanco y amarillento, con un chándal de táctel que alguien le habría dado y le venía grande, atracó en las intermediaciones. Los huesos, que eran huesos de muerte, se le pegaban al tejido sintético, como la sal se pega en la piel escamada de los que tienen un velero, o un corcho que flota a la deriva, o a la arena de playa en el fondo de los calcetines.

La señora, agachada, picaba colillas del suelo como yo picaba olivas rancias; era la señora que nadie veía y yo sí. La señora era más paloma que señora. En cada pliegue de la piel tenía plumas y mugre, mugre y miguitas, miguitas y frío, frío y fermentación.

Traté de mantener contacto visual con la señora, pero la señora arrancó a reptar.

Y me levanté. Me levanté de la silla de aluminio sucio patrocinada por una cervecera nacional. Saqué de la chaqueta, de una marca con el mismo *target* que Camper, la cartera de otra marca con el mismo público objetivo. La agité hasta que rodaron monedas con los cantos roídos. Monedas para pagarle cigarrillos: para pagar la penitencia de la clase social.

La paloma reptaba y nosotras bebíamos. La paloma mendigaba y nosotras pedíamos otra ronda.

A la paloma la atropelló un autobús propulsado por combustible fósil.

Nadie en la terraza, nadie en la mesa, nadie en la plaza, nadie en el sistema de transporte municipal reparó en la paloma muerta con un cinturón explosivo de colillas.

Fui al baño y con los pantalones bajados, pero sin mear, teclé esto de aquí arriba, donde hay goteras.

Alguien llamó a la puerta del baño. «Ocupado», dije. Lo estaba, realmente. Escribir es una ocupación, aunque no sirva más que para detonar un artefacto móvil.

Salí del baño y cambié a presente.

Cerca de la plancha hay un cocinero latino que recibe órdenes de los dueños y camareros chinos. Algo huele a frito y español. Sobre la barra, dentro de la vitrina frigorífica,

hay una bandeja con atún en conserva que huele a óxido y ácido.

La camarera china acuna un paquete de arroz La Fallera y busca en la nevera de helados Nestlé un paquete de garrofón congelado de Mercadona. Le grita a un personaje que no está en la escena que la paella tardará media hora, más o menos.

En la carta no hay paella.

Son las 15:52 y los camareros y yo tenemos la cabeza agachada como la señora de las colillas, pero en vez de picotear extremos de cigarrillo buscamos notificaciones, diversión, mensajes, cariño, estímulos, novedades, esperanzas, atención y lugares comunes en el móvil. Los camareros chinos, que parecen madre e hijo, se tratan con la frialdad con la que los funcionarios de la Recaudación de Multas Municipales de la calle Albacete tratan a los sancionados. Comen a las 16:31 de la tarde una paella directamente de la paella. Su paella parece más paella —huele así, tiene una rama de romero retorcida como los dedos de la señora paloma— que la paella que en el centro de València se sirve a los turistas chinos.

Una señora se acerca a los chinos, que emplean palillos contra el arroz amarillo, que no levantan la vista de los distintos servicios de Tencent que iluminan sus móviles. Una señora que se aproxima y les dice, señalando la paella: «Vosotros ya sois valencianos. El secreto está en combinar». Los chinos sonríen educadamente, la señora se tambalea. En la mesa de la terraza tiene los cadáveres de tres gin-tonics.

Un trozo de hígado sale disparado de la paella y cae en la mesa al lado de un cargador con el cable mordisqueado.

Escribir es quedarse en el baño con los pantalones bajados y oír cómo la sociedad cívica se relaciona en un grano de arroz.

Mejor grano que junco.

Salgo a la terraza y una de nosotras, que es como todas —somos todas iguales, somos la misma preocupación y sudadera ancha, ojeras marcadas, miedos y consumo de series y pastillas— lleva en la mano el plato de plástico con la cuenta, efectivo y su número de teléfono garabateado en un ticket de compra de COS: una camiseta básica, pero gruesa. Una camiseta básica, de color neutro, con la cantidad exacta de gramaje de algodón que, si encaja perfectamente sobre los hombros, arroja al mundo la idea de que su porteadora «sabe lo que hace, es una mujer [que no chica] segura». Una camiseta como un quitamiedos, evita que los coches se despeñen, pero puede decapitar a un motorista.

Vaya.

Vaya. Al chino joven no le ha hecho mucha gracia lo del número de teléfono, me cuenta otra de nosotras, que cojea por un esguince de tobillo que se ha hecho al saltar una jardinera, por dar menos vuelta, por alcanzar antes el cruce de la avenida. Su caminito del deseo ha acabado en el ambulatorio. Y el ambulatorio público inhibe la libido.

¿Qué más veo desde la terraza? Veo un chaval, que ya no lo es tanto, con restos de mierda en las zapatillas. Unas Nike de las que no se usan para hacer deporte. Está más cerca de los treinta y cinco años que de los treinta. Y los treinta y cinco están más cerca de los cuarenta que de lo que Ícaro estuvo cerca del sol. Ícaro se quemó. El *burnout*.

El chaval-pero-no ha tenido dos síndromes de trabajador quemado. Su madre era de Xàtiva. Falleció de cáncer de mama.

Va a por el tercer síndrome: tiene un trabajo estable, muy bien pagado, con mucha responsabilidad, pero con beneficios como clases de yoga o cestas de Navidad confeccionadas en tiendas gourmet. Nada de melocotón en almíbar y berberechos chiquitos como esas piezas pequeñas de plástico que llevan

los juguetes de Happy Meal. (¡PRECAUCIÓN! Contiene varias piezas pequeñas que pueden suponer un riesgo de asfixia).

Todas las semanas se lleva palmaditas en la espalda, y al menos un día a la semana se asfixia. La espalda la tiene de vikingo, de héroe de acción, en uve de *vendetta* contra su padre, con el que se pica a hacer flexiones en las comidas de Navidad, porque el chaval-pero-no tiene un trabajo de escritorio y eso a su padre le ofende. Toda una estirpe familiar de militares y él, todo el día haciendo números frente a dos pantallas.

El sujeto de la enunciación no pide dobles, sino tanques de cerveza con las paredes congeladas, que dejan lagos en la mesa y mojan papelillos de fumar. Había dejado de fumar, pero el curso de los acontecimientos lo ha llevado de nuevo al vicio, para quitarse la ansiedad de otros menos nocivos para los pulmones pero más para la moral.

La mierda la pisó en el jardín del cauce del Turia. Tenía la novia en casa. Todas nosotras dormíamos. Con alguna de nosotras incluso había follado años atrás.

Unos días antes, él y una como nosotras —obviamente— bajaron al jardín más grande de la ciudad y, entre el frío de enero, los purines de los perros y los árboles sin hojas, que tiritaban como ellos, se besaron tanto tiempo, con tanta ansia, que casi hicieron un trío con el catarro. Después, después de que una patrulla de la Policía Local pasara dos veces montada en quad, apuntándoles con las linternas por si les pillaban cardando en un lugar público, cada uno a su casa. Cachondos, tristes y dubitativos. ¿Qué hacer? Porque los dos llevan tanto tiempo con sus parejas que todo el mundo esperaba poder tirarles arroz a la salida de juzgados hasta que las palomas se lo comieran y reventasen.

En casa, con la novia durmiente y el horario valle en el que poner lavadoras no es tan caro, el chaval-pero-no trató

de limpiar las zapatillas con un programa corto, pero llenó de mierda el tambor de la lavadora.

La lavadora, las zapatillas, el sueño, la estabilidad, las dudas, el riesgo, el futuro con perro, el futuro con hijos, el futuro hipotecado, los viajes trasatlánticos, la segunda residencia, los *hobbies* caros, los caprichos, los ascensos, las fotos de familia en estudio fotográfico y otros bienes complementarios, todo, manchado de mierda.

El chaval pasa cerca de nuestra mesa y se detiene a saludar a una de nosotras. En sus ojos hay, por este orden: nervios, tristeza, sed, rencor, deseo y frustración. A mí ni me mira. Emprende el vuelo al interior del bar, donde pedirá, primero al chino y a la china después, por si no le han oído, otro tanque de cerveza y un chupito de Jack Daniel's, que es con lo que se emborrachó su padre cuando acabó la mili, cuando se casó.

Me vuelvo y escruto la cara de la que ha saludado al chaval. Si quiero seguir con los símiles ornitológicos, de esta mujer tengo que decir que es una monjita blanca, también conocida como «viudita blanca común». Un pájaro pequeño, que cabe en un puño debilucho, de pico negro y puntiagudo. Inofensivo, eso parece. Aunque es más corpulenta que yo, su piel fina y pálida sobre el óvalo vectorizado de la cara, enmarcado por dos mechones rubios con un tinte caro, le quitan envergadura.

Por algún motivo que la ciencia no explica, la viudita —o la monjita, lo que prefiráis— no puede quedarse embarazada. Aunque nada raro le sucede en el vientre, aunque colma de amor a quien le da trocitos de bocata, o se le queda mirando desde el otro lado de la ventana. Aunque está sana, receptiva, tiene una pareja que la ama, instinto maternal y la absoluta confianza de que quiere ser madre.

Ahí está la cagada.

Porque, como todo el mundo en esta historia, ha vivido los años suficientes como para saber que, si deseas con vehemencia una cosa, se pudre como las naranjas bordes que se caen al suelo urbano y nadie recoge.

Estamos en el mes en el que, en las madrugadas, varias brigadas de operarios vestidos de naranja fluorescente salen con palos y máquinas que hacen vibrar los naranjos. De las copas caen naranjas agrias que no se pueden comer.

Hay una de nosotras que esta mañana ha grabado un vídeo de los operarios naranjas y los naranjos granizando, que tiene en la garganta algo atragantado como una monda de pomelo amarillo. Cuando ha ido al baño, con el móvil en la mano, ha abierto por segunda vez en su vida la aplicación de Tinder, y se ha encontrado por primera vez a una persona conocida: su prima pequeña, tan pequeña que no pensaba que tuviera edad para tener Tinder, tan pequeña que no pensaba que tuviera algo similar a orientación sexual. Pero la amargura no es por la prima sino por ella, porque se ha descargado Tinder, porque sospecha que le gustan las mujeres, y eso es nuevo y va a provocar problemas; tanto ella como la prima han estudiado en colegios privados y tienen padres que profesan una religión mayoritaria en la que ni sexo antes del matrimonio ni matrimonio con alguien del mismo sexo están bien vistos.

Ups.

Como estoy en todas partes, estoy también en el futuro: a esta le va a ir mal un rato. Su deseo crecerá, engordará. Será una sanguijuela adherida a una ingle templada y suave. Cada vez deseará más que una de nosotras se enrolle con ella cuando se acabe la noche y empiece una mañana sin sombras en una azotea de color siena. Le costará algún malentendido,

porque todas somos educadas, y bailamos tan pegadas como lo que un pellejo de cacahuete lo está a la semilla, pero los bailes son solo un entremés. También hará un trío con una pareja heterosexual que luego discutirá —el dueño de los cromosomas xy se enfadará porque ellas no le prestarán atención ni se la chuparán— y al final, muy muy muy al final, abrazos con una mujer.

Que la emisora de esos abrazos no querrá nada en serio con la receptora y tal, pues sí, eso va a pasar. Pero es lo típico, por eso hay otra religión con bastante *engagement* y que tiene como culmen el nirvana, la extinción del deseo.

Pero esta mujer ha estudiado en un cole de curitas.

Empieza a llover. Todas nosotras y las que no somos nosotras decimos: «¡Llueve!». Los chinos corren a recoger la terraza. Y nos levantamos. Nos levantamos de la mesa. Los pájaros alzan el vuelo y se esconden en las copas sin naranjas.

Y ya está.

Porque la vida es más forma que contenido.